

minal siempre es cobarde, y en cogiéndole la accion cae de seguro en la red.

—¡Virgen de la Soledad, dijo Casilda santiguándose! pistolas y sables. ¡Válgame Dios! ¡Qué de trastornos en tan poco tiempo! Señor amo, no vaya V., por la Virgen... no esponga V. su vida.

Mendoza no contestó; pero echó sobre Casilda una mirada muy significativa; mientras María, acercándose á Mendoza, decía con cariño:

—Pues yo si quiero que vaya, y no sé por qué tengo confianza en que nada le sucederá; es tan grande, tan sublime y tan santa la accion que va á hacer libertando á su hija, que Dios le protegerá... sí, Dios le protegerá... además de que Casilda y yo vamos á rezar hasta que el Omnipotente quiera protejernos y proteger á estos dos nobles corazones. Disponed vuestras armas, preparadlo todo bien, no omitais nada que sea necesario para la defensa; que yo, al primer tiro que oiga, redoblaré mis ruegos, me mortificaré mas, porque Dios quiera ayudar á Mendoza y á su fiel criado.

—Ven acá, hermosa María; ven y que te dé un beso; y no estrañes que no te haya dado ninguno desde estos acontecimientos; porque cuando un padre llora la falta de sus hijos, llega á aborrecer á todos los demás de su edad. No tengas cuidado, que vosotras no oireis los tiros.

—Pero á mí no me aborreceis, ¿es verdad?

—Y en prueba de que no te aborrezco, toma; y al decir esto imprimió sobre sus hermosas mejillas cuatro besos de amor; figurábase, sin duda, que ya tenia en sus brazos á Luisa, y el contacto de sus lábios con aquella tez tan virginal, inundaba su alma del mas casto y mas celestial placer.

Retiráronse, pues, María y Casilda, y amo y criado pasaron un buen espacio reconociendo y arreglando las armas; un ratito haria que habian terminado tan agradable faena, cuando tiraron de la campanilla y entró Casilda con una carta para D. Diego.

—Ya pareció aquello, dijo Gaspar.

—¿Qué quieres decir? preguntó D. Diego abriendo la carta.

—Que ese papel va á descifrarnos todo el enigma.

—Leamos, dijo Mendoza; leyó, en efecto, para sí, y en su rostro, ora alegre, ora furibundo, notó Gaspar que no se habia engañado; le dejó acabar, y cuando Mendoza le dijo: «Escucha, Gaspar,» escuchó lo siguiente:

«Sr. D. Diego Mendoza: Vuestra hija está sana y salva, y podeis tenerla á vuestro lado cuando gustéis: nadie ha atentado á su honor. Debajo del tercer banco de piedra de los que han puesto ahora en el nuevo salon del Prado, colocareis mañana, á las cinco de la mañana, un talego con mil duros, que es lo que hemos gastado estos dias con vuestra hija; ya veis que nada os llevamos de mas. Si así lo haceis vuestra hija os estrechará en sus brazos, y si os resistís, ó dais parte á la justicia, ya podeis rezar por Luisa, sin que por ello esteis seguro, ni tampoco el vejestorio de Gaspar.»

—Ya verán esos canallas si soy vejestorio, exclamó el aludido, metiendo otra bala mas en una de las pistolas; este par de confites es para el que ha redactado la carta. ¡Vejestorio! ¡Vejestorio! repetía atacando con rabia el segundo taco.

—Déjate de resentimientos personales, y hablemos tan solo de lo que interesa. ¿Te parece que convenga ir, desde luego, á la calle de San Isidro, sin aguardar á la colocacion del talego?

—No lo creo conveniente.

—Podíamos hacerlo al propio tiempo que avisáramos á la justicia para que nos ayudase.

—¡Dios nos libre de hacer semejante cosa! dijo Gaspar. ¿Ignora V., por ventura, que en este país, la justicia no es justa, y que en oliendo que hay dinero se lo chupan los escribanos y la justicia queda sin hacerse? Si le quitan á V. la capa en la calle, ó mate V. al ladron, ó déjele que se vaya con ella, porque si toma mano en el asunto la señá justicia, se queda V. sin capa y sin dinero. No hace mucho que un amigo mio traspasó una tienda, con todos sus enseres y llena de género, á un cierto franchute que vino aquí sin camisa, y tras de no haberle pagado un cuarto de lo estipulado en la venta del capital, no quiso dejarle sacar sus muebles de casa; mi amigo se separó de su

compañía. ¿Y qué dirá V. que sucedió? Pues bien: sucedió que al vendedor honrado se le acabó el dinero que tenia ahorrado, y no pudiendo ya dar mas unto al procurador, al escribano, ni al abogado, hubo de suspender los procedimientos judiciales; con esto el tunante quedó vencedor, y el hombre de bien vencido. Los criminales se pasean orgullosos por todas partes, mientras que el inocente, víctima de su honradez, huye de la sociedad por temor de que se le crea un pordiosero.

—No digas esas cosas, Gaspar.

—Así, pues, prosiguió el antiguo asistente, no pensemos en dar parte á la justicia, evitando que se la tome por entero. Llevemos el dinero al sitio indicado, y cuando escondidos en cualquier parte veamos á los que vayan á recogerlo, caeremos como un rayo sobre ellos, y yo me encargo de ajustarles las cuentas. ¡Cabalmente á esa hora no habrá un alma en aquellos sitios!

—¿No seria mejor llenar el saco de piedras?

—No, señor, de dinero contante y sonante, para que no sospechen que los engañamos.

—Pero bien; si acabamos con esos hombres y les quitamos el dinero que cojan, ¿cómo diablos podremos rescatar á Luisa?

—Tenemos varios medios que dependen de la marcha del asunto; dejemos que la cosa marche, y luego nos decidiremos por lo mejor.

Cogió D. Diego 62 onzas y media en oro, las metió en un talego, y dijo á Gaspar:

—Ahí tienes la cantidad pedida; la he puesto en oro para que á nosotros no nos estorbe tanto al traerla; no vayas á creer que lo he hecho por servir á esos foragidos.

—Ya lo supongo.

—¡Qué ganas tengo de cardarles la lana!

—Pues ya pronto vereis satisfechas vuestras ganas.

Pasaron ambos la noche en la mayor ansiedad, y como el curso del tiempo es fijo é inmutable, llegó el deseado dia; cada cual cogió sus armas, y despues de haber dado Mendoza un beso en la frente de María, que dormia con la felicidad de un ángel, abrieron la puerta y salieron. Casilda, aunque nada

sabia de la carta, no se acostó, y despues de haber presenciado los aprestos de defensa de ambos militares, les acompañó hasta la puerta de la calle, diciéndoles:

(Su corazon la indicaba casi todo lo que estaba pasando).

— ¡Dios vele por vuestras vidas y por la de la inocente niña!

Llegaron al Prado, colocaron el taleguillo y se escondieron en seguida tras unas matas de retama, de las muchas que habia aun en la parte alta del desmonte que fué necesario practicar para la nivelacion de aquel terreno.

Eran las cuatro y media.

Un cuarto de hora haria, ó poco menos, que estaban en su escondite, cuando vieron acercarse un hombre y sentarse en el mismo banco.

— Ya cayó el pez, dijo con presteza Gaspar.

— Aguardemos, pues hasta ahora ninguna demostracion ha hecho ese hombre que pueda infundir sospecha de él. ¿No podria ser casual que ese infeliz fuera inocente? Esperemos.

— Pues esperemos, dijo el asistente acariciando el puño de su sable. Volved la vista á la izquierda, añadió.

— ¿A dónde? contestó Mendoza.

— Allí, hácia San Fermin. ¿No distinguís unos cuantos bultos que se acercan con mucho sigilo?

— Sí que los distingo; lo menos son cuatro hombres.

— La mujer no hay que contarla.

— Si tal; que las mujeres, en casos dados, son peores que los hombres, y no hay animal mas sanguinario que la mujer cuando se decide á serlo.

— Pues no te muevas, dijo Mendoza. Ya se acercan, y vienen derechos al banco... ellos son.

A todo esto el hombre que se habia sentado en el banco hizo un movimiento con las piernas, y tropezando con el taleguito lo alcanzó; pero en sus ademanes, y la curiosidad que demostraba al registrar el contenido del saco, se comprendia que no estaba de acuerdo con los otros, sino que una fatal casualidad le habia conducido á aquel sitio; pues cuando por su inesperado hallazgo se creia el hombre mas feliz del mundo, era cuando su

vida estaba en el mayor peligro. Los ladrones, que eran ellos en efecto los que se acercaban, observaron á cierta distancia todos los movimientos del hombre del banco, y apenas vieron que se levantaba con el taleguillo, y echó á andar mas que de prisa, creyéndose ellos solos en aquel sitio, le gritaron: ¡alto ahí, buen hombre! deje V. eso si no quiere que le tumbemos patas arriba.

—Yo no sé lo que Vds. dicen, repuso el hombre.

—Que suelte V. eso dinero, que nos pertenece.

—¿A qué tanta retórica? dijo uno de ellos, y clavó un puñal en el pecho de aquel desgraciado. A esto ya Mendoza y Gaspar bajaban el repecho que les separaba de aquella escena, y cuando los cuatro ladrones y la vieja se agruparon sobre aquel hombre moribundo, se hallaban como á unos doce pasos del grupo, y descargaron dos tiros, que produjeron efecto: una de las balas dejó sin vida á uno de los ladrones, y la otra fué cabalmente á dar en la cabeza del desgraciado hombre del banco, acabando de matarle; la vieja echó á correr, y sospechando Gaspar que se llevaba el dinero, corrió tras ella, la pegó una cuchillada tan tremenda sobre la cabeza, que se la partió en dos mitades, y al caer aquel cuerpo, oyó Gaspar el sonido metálico contra el suelo; lo cogió y volvió presuroso á socorrer á su amo, que se habia quedado solo contra tres. Pero Mendoza no era hombre que se acobardaba tan pronto, y animado por el recuerdo de su hija, no era hombre, sino una fiera: así es que cuando llegó Gaspar, ya habia despachado á uno de los ladrones, quedando dos en contra de él, y cabalmente de los mas decididos; llega Gaspar, y en aquel momento mismo cae su amo al suelo de resultas de una estocada: el furor de Gaspar crece de pronto, y sin hacer caso de su amo dispara la pistola que llevaba en la mano, y mata á uno de ellos, diciendo: Cuando cuatro no habeis podido con nosotros dos, mal podrás tú, grandísimo ladron, y con su espada le asestaba grandes golpes, haciendo uno de ellos saltar al suelo la navaja que el otro, hasta entonces, habia manejado con mucha destreza.

—La vida, por Dios, dijo el desarmado poniéndose de rodillas.

—¿Y para qué la quieres? dijo Gaspar; ¿para cometer nuevos crímenes?... Pues bien, te la concedo, añadió; pero ha de ser á condicion que me ayudes á socorrer á este pobre hombre, y en seguida me hagas entrega de la persona de Luisa, ¿lo oyes? Y ten en cuenta que si observo en tí el menor movimiento traidor, á la mas mínima accion te atravieso. No creas que no sé quién eres. Sé que te llamas Juan, y que estás en buenas relaciones con el amo del fondique de la calle de las Tabernillas. Y no creas que me sirves entregándome la niña, pues sé tambien la casa en que la tienes presa en la calle de San Isidro, y no necesito de nadie para cogerla y llevarla conmigo á casa de su padre.

—Me entrego á discrecion, dijo Juan; dispon de mí todo cuanto quieras.

—Pues vamos; ayúdame á levantar á D. Diego.

Hiciéronlo así, y por fortuna no era de consideracion la herida que le habian hecho en un hombro; pero brotaba de ella mucha sangre, y Gaspar se la atajó, colocándole su pañuelo del mejor modo que pudo. Sentaron al herido sobre el banco de la cita, y cuando se le hubo pasado el desmayo que la pérdida de sangre y el golpe le habian producido, dijo Gaspar al ladron:

—Coge ese vaso que hay en el suelo y trae un poco de agua del arroyo que corre allí cerca y refrescaremos los lábios del herido (1).

Un vaso habia, efectivamente, en el suelo; pero fué porque el infeliz hombre del banco lo llevaba consigo, y salia todas las mañanas muy temprano á beber agua de la fuente de la Doro-tea, dando en seguida un paseo. Volvió el otro con el vaso, y despues de lavar la herida de D. Diego, le preguntó:

—¿Cómo estamos?

—Me siento mejor, y estendiendo su vista en derredor, pa-

---

(1) Había, en efecto, un arroyo profundo que bajaba desde la Castellana hasta Atocha, atravesando todo Recoletos y todo el Prado. La puerta de Recoletos existía ya.

recia querer averiguar lo que pudiese haber sucedido mientras él quedó en el suelo. Conociólo Gaspar, y le dijo:

—Todo va bien: sosegaos un poco, y veamos si podeis andar.

—Vaya si andaré, dijo Mendoza levantándose de repente. En las piernas no tengo nada.

Y entre Juan y Gaspar le agarraron del brazo y le condujeron á su casa contra toda su voluntad, pues que queria ir á la calle de San Isidro.

Despues del susto que naturalmente experimentaron María y Casilda al ver entrar á Mendoza sostenido por dos hombres, sin casaca y con un hombro vendado, imposible seria describir con propiedad el rato que pasó el pobre herido sin saber si Gaspar seria aun víctima de alguna traicion. Solo un padre, alejado de sus hijos, y dudando si volverá á verlos, es quien puede comprender el verdadero dolor de D. Diego de Mendoza en aquellos momentos tan duros.

Marcharon, pues, Gaspar y Juan con direccion á la calle de San Isidro, y en el camino fué contando el ladron todos los pormenores del lance, tales como yo los he referido ya. El ladron parecia hallarse completamente arrepentido y dispuesto á complacer en todo y por todo á Gaspar; pero este, á fuer de hombre experimentado, y desconfiando de cuantas protestas le habia hecho aquel en el camino, al llegar á la Puerta de Moros, le dijo:

—Espérate un poco.

—¿Pues qué vas á hacer?

—Voy á entrar en ese portal y á cargar de nuevo mis pistolas, porque no me fio de tí.

—Por esta te juro que no tienes que temer, dijo el ladron sacando de su pecho un escapulario de la Virgen del Cármen, y besándole con fuerza.

—No importa, dijo Gaspar; pudiera ser muy bien que á pesar de tu arrepentimiento, de tu miedo y de tu escapulario, hubiese en la casa algun traidor mas que se opusiera á que yo sacara la chica; por mucho pan, nunca es mal año, y á Segura llevan preso.

—Como quieras ; pero aunque haya gente dentro, ya verás como no hay ningun aquel.

Llegaron, en efecto, á la casa, llamó Juan, y salió á abrir un hombre muy mal encarado y de peores trazas, quien se quedó mirando á los dos individuos que entraron; pues en realidad se esperaba otras caras y otras cosas. Este individuo era Ramon Tumba-Copas, ó sea el Chato, dueño del fondique, cuyo establecimiento servia de tapadera á su modo de vivir.

Sentados al brasero habia otros dos individuos con pañuelos en la cabeza, fajas encarnadas y polainas : miraron de reojo á los dos que entraron, y ni siquiera dieron la menor muestra de haberlos percibido. Eran Zapatilla y el Tuerto.

—Buenas tardes, señores, dijo Gaspar al entrar en la sala, y dando en ello muestras de cortesanía.

El Tumba-Copas contestó:

—Buenas nos las dé Dios.

Pero los dos individuos del brasero nada respondieron.

—Siéntate un rato, Gaspar, dijo Juan.

—No es menester, repuso este: ya sabes á lo que vengo; en teniendo lo que sabes me largo: el undécimo no estorbar.

—Aquí no estorbas.

—Puede ser que á tí no te estorbe en realidad; pero á estos otros señores que tanto frio parecen tener... ¡quién sabe!

Los aludidos no contestaron.

A todo esto Juan fué á hablar al oido á los dos del brasero, enterándoles, sin duda, de lo ocurrido, y que era necesario entregar la niña; pero ninguno de ellos estaba dispuesto á dejarse convencer, porque acababan de verse defraudadas sus esperanzas, y prefirieron matar á Gaspar para empezar de nuevo la funcion. En cuanto á la muerte de la tia Eusebia y de los tres compañeros, no lo sintieron mucho, pues así tocarian á mas, repitiendo la carta de los 20,000 rs., cuando D. Diego, en cama, herido, y sin el grande auxilio del veterano, la recibiese de nuevo. Juan hizo cuanto pudo por convencerles, pero nada consiguió; y así llegó á comprenderlo muy bien Gaspar, disponiéndose para andar á trastazos otra vez.



—Vamos á ver, Juan, dijo el veterano, ¿sacas la chica ó no la sacas?

—La chica no está en casa, dijo Zapatilla.

—Pues vaya V. á buscarla, repuso Gaspar, ya fuera de sí.

—Yo no soy criado suyo.

—Pues vive Dios, que lo serás.

A estas voces se asustó allá dentro Luisa, y comenzó á gritar: ¡qué me saquen de aquí! ¡Qué me saquen de aquí!

—¿No decias que no estaba en casa, grandísimo tunante? gritó Gaspar, y disparándole un tiro, le dejó tendido en el suelo, añadiendo: toma por tu mentira.

Al ver esto tiraron todos de las navajas, y Juan, con una sangre fria y un heroismo digno del Cid, dijo, interponiéndose, no sin peligro de su vida, entre Gaspar y los otros dos: Señores, he jurado á Gaspar que le daría la chica, y no quiero faltar á un juramento que he hecho sobre la imágen de Nuestra Señora del Cármen; así, pues, ó dejais que se lleve la chica, ó teneis un enemigo mas. La única contestacion que dió Tumba-Copas, fué asestarle una navajada que le cortó toda la chaqueta, porque diestro tambien en esa mortífera arma, Juan sabia muy bien retirarse á tiempo y parar los golpes con su chaqueta, colocada sobre la sangría del brazo izquierdo. Rompiéronse, pues, las hostilidades, y aquella sala, poco antes tan silenciosa y seria, vino á convertirse, con el cadáver que yacia tendido en tierra, y los cuatro combatientes, en un verdadero campo de Agramante. Comenzó, pues, el combate mas igual del mundo, combate á muerte y sin mas testigos que Dios. Gaspar se defendia del Tuerto con su espada contra la navaja de aquel, y Juanillo, valiente como él solo, acorralaba á Tumba-Copas en un rincon del cuarto; las mesas y las sillas, el brasero y una rinconera que sustentaba un florero de yeso, todo caia al suelo hecho añicos, todo producía un ruido infernal. La niña continuaba dando gritos desde el cuarto en que estaba encerrada, y Gaspar consiguió tender en el suelo á su adversario: libre ya de aquel enemigo, la emprendió con Tumba-Copas, porque el pobre Juanillo habia sido vencido y exhalaba gritos de dolor; emprendióla con

él, y tras una lucha de diez minutos lo menos, consiguió hundir la punta de su espada entre la quinta y sesta costilla de Tumba-Copas, poniéndole en disposición de que no volviera á regañar con nadie; acudió en seguida á Juanillo, y enterado de que tenía un navajazo en la ingle izquierda, dijo para sí, no le ha pegado en la arteria cruzal; pues á ser así, con cuatro líneas bastaba, y este pobre hombre no lo hubiera contado; le sentó sobre un colchon doblado que estaba en el suelo, diciéndole:

—Aguarda un poco ahí, que ahora volveré á curarte; se dirigió al cuarto en que chillaba Luisa, y sacándola de allí, la dijo:

—Querida Luisa, ya estás libre.

—¡Gaspar! ¡Dios mio! ¿Qué estrépito ha habido en la sala ahora poco?

—Nada, que esos ladrones, en cuya casa estabas, no querían que te sacara, y ha sido necesario darles pasaporte.

—¿Qué quiere decir pasaporte?

—Ahora lo verás; pero dime antes: ¿hay vinagre y sal en esta casa?

—Sí; ven conmigo, y llevándole á la cocina le dió ambas cosas.

—¿Y habrá por ahí un trapo, una tohalla ó cualquier cosa de lienzo?

—Sí; toma una camisa que mañana tiene que ponerse Tumba-Copas.

—Venga, que ya no le hace falta; y cogiendo la camisa, la sal y el vinagre, se fué á la sala y curó con aquella salmuera la herida de Juanillo.

—Salgamos de aquí, le dijo, antes que venga la autoridad y nos fastidie.

—No puedo andar, dijo Juanillo.

—Haz un esfuerzo.

—Imposible, ¡qué mas quisiera yo!

—¡Diantre! esto puede fastidiarnos, dijo Gaspar, y lo siento por Luisa, nada mas.

—Pues márchate con ella y déjame aquí con estos tres cáda-veres, que Dios proveerá.

—No tal, exclamó Gaspar; ¿yo, dejarte á tí comprometido, siendo así que te lo debo todo? No, por cierto. En el patio veo una burra; pero ni tú puedes ir solo ni cabemos los tres... Pero, calla; ¡bendito sea Dios! ¡Ya caigo! ¿No podrias, ayudado por Luisa y por mí, andar hasta la casa inmediata nada mas? Allí vive un amigo mio, y te dejaria en su habitacion, hasta luego que volviera por tí, despues de dejar á Luisa con su padre.

—Sí; eso es lo mejor, probemos.

El infeliz Juanillo, animado con lo que acababa de oír, y temiendo un fatal resultado si no lo hacia, sintió sus fuerzas reanimarse, y como el que lucha entre la vida y la muerte, salió de aquella casa y entró en el portal de la inmediata. En este trayecto tardó cerca de media hora; pero, ¿qué importa el tiempo ni los medios cuando se consigue el fin apetecido? Dejaronle en aquella casa, y sin cuidarse de la otra en que yacian tendidos tres hombres, se dirigieron á la de D. Diego.

Figuraos lo que allí pasaria al ver á Luisa, solo que en seis dias parecia haber sufrido tanto, como si fuera en seis meses; figuraos su dolor al preguntar por su madre, y figuraos tambien la alegría del padre al estrechar otra vez á su hija entre sus brazos.

Satisfecho este primer momento de expansion, miró á Gaspar, y le dijo:

—Dame un abrazo, querido Gaspar; á tí te debo el placer que experimento en este instante.

—A mí solo no.

—¿Pues cómo?

—Porque teneis que amparar á otro que, tal vez, esté espiando en este momento.

—¿Quién?

—El ladron que nos acompañó hasta aquí.

Le contó en seguida todo cuanto habia ocurrido desde que se separaron, y Mendoza, sumamente conmovido con su relato, exclamó:

—Corre, y que venga á casa Juanillo al momento; traélo de cualquier manera, juntamente al cirujano; tiene que visitarme al anochecer y de paso le verá.

Marchóse Gaspar, y volvió, en efecto, con Juanillo; lo traia en unas angarillas de la Paz y Caridad. Las heridas de este no eran mortales, y desde luego fué admitido al servicio de don Diego, llegando á ser, por de pronto, un modelo de honradez.

Aqui acabó el relato de la Peonza.

—Ya veis, dijo á sus dos interlocutores, que os he narrado con sus pelos y señales la interesante historia de la muerte de Margarita de Castro, despues señora de Mendoza, y sentiré haberos cansado.

—Nada de eso, dijo Cachirulo; ¿no has reparado lo embobados que hemos estado? La historia es buena de por sí; pero contada por tí, no tiene precio: levantáronse los tres individuos, y cada cual se fué á su casa.

## XII.

### SABROSAS PLATICAS.

Aun no habian trascurrido los tres años indicados en el sobre de la carta que Margarita, moribunda, dirigió á su esposo D. Diego de Mendoza, y este, á favor de fiel cumplidor de los preceptos de su esposa, no quiso infringir lo que el lema indicaba, porque desde luego comprendió que no podia ser cosa muy agradable cuando tales precauciones se habian tomado para revelársela. Y á fé que andaba acertado pensando así, pues á mas de que en este mundo abundan mas las malas noticias que las buenas, siempre que uno sospeche que va á pasar un mal rato, nada hay mas acertado que dejar ese pícaro momento para otro dia. Mendoza no hubiera abierto aquel pliego un dia despues del fijado, pero tampoco quiso hacerlo un dia antes; la obediencia militar es una virtud que subsiste aun mucho tiempo despues de haber soltado la casaca de dos colores. La memoria de la muerte de su esposa iba borrándose poco á poco de su imaginacion, contribuyendo, no poco, á tan feliz cambio los buenos caracteres de María y de Luisa; era la primera muy aficionada á los libros, y todos los dias entretenia á D. Diego, le-

yéndole un buen trozo del libro que él elegía; y la rubia Luisa, aunque vivaracha y juguetona, leía también alguna vez, y prestaba estraña atención á la lectura, y en ello proporcionaba un vivo placer á su papá: era además preguntona como ella sola, y su padre muy complaciente, de lo cual fácilmente se deduce que sus preguntas, lejos de fastidiar como suele suceder á muchos padres, eran contestadas con amabilidad, y producian su efecto natural, que es la instruccion.

Luisa se instruía por momentos y comenzaba á escribir algunas improvisaciones.

Cierto dia, que tratándose de un sugeto muy vanidoso y fanfarron, soltó Mendoza el dicho ya puesto en voga de *tienes mas orgullo que D. Rodrigo en la horca*, Luisita, exclamó de repente.

—¿Sabe V. papá que eso debe ser un disparate?

—¿El qué, hija mia?

—Eso del orgullo en la horca, porque una de dos, ó á don Rodrigo no le ahorcaron, ó si en realidad le apretaron el pescuezo, no se concibe que en tan degradante acto fuese á tener orgullo.

—Escúchame, hija mia, y lo comprenderás: al propio tiempo que oirás una parte muy interesante de la historia del convento de la Encarnacion en Madrid.

En una sala del convento de Santa Isabel, en la calle de la Visitacion, se hallaban conversando dos señoras de alta categoría. Era una de ellas la Reina doña Margarita, esposa de Felipe III, ya bien adelantada en su embarazo; la otra era la priora de dicho convento, la madre Jesus Mariana de San José.

Sabido de todos es lo pródigo de autoridad que fué el hijo de Felipe II, al propio tiempo que indolente, puesto que por no tomarse siquiera el trabajo de firmar los documentos del Estado, concedió á la firma de un vasallo suyo la misma autoridad que la suya propia, teniendo los despachos del duque de Lerma el mismo cumplimiento y obediencia que si fueran firmados por él. Trasmision maudita de poder, segun dice un erudito historiador, en que si bien asombra el desprendimiento del monar-

ca, casi maravilla mas qué no abusara el favorecido, tanto como pudo de aquella omnipotencia de que se vió revestido.

Las dos señoras, que ahora poco he citado, se hallaban en una sala del convento de Santa Isabel; y parecian sostener una conversacion bastante animada; la priora trataba de convencer á la reina sobre algun asunto de importancia, y la esposa de Felipe II, religiosa por instinto, y dócil de carácter, parecia acoger en su piadoso corazon, y sin grande esfuerzo, los consejos y pláticas de la priora. Hallábanse en lo mejor de su discurso cuando la madre portera, María Catalina de San Ambrosio, anunció la llegada de tres personajes, convocados, sin duda, para aquella sesion, si hemos de juzgar por lo bien recibidos que fueron. Estos eran no menos importantes que las dos señoras, y su presencia, como no tardaremos en ver, era muy necesaria en aquella ocasion, no tan solo para poner en planta y llevar á cabo el plan que se proponian, sino para ajustar con la reina los medios mas propios para conseguirlo. Eran estos tres personajes Fr. Juan de Santa María, franciscano descalzo; el P. Gerónimo de Florencia, de la Compañía de Jesus, y Fray Luis de Aliaga, dominico, confesor de Felipe III, elevado á tan distinguido puesto por influjo del duque de Lerma.

Cualquiera diria que aquellos cinco personajes se habrian reunido con el objeto de llevar adelante alguna obra en honra de la religion; proyectar algun medio de mejora en punto á beneficencia, ó acaso conseguir alguna ventaja para el convento; pues bien, todo el que de esta suerte pensara, se equivocaria de medio á medio, porque aquella convocatoria era nada menos que para perder á un hombre, y un hombre que daba audiencias como un soberano, y que aunque satélite del duque de Lerma, estaba circundado de una córte tan brillante como la del mismo duque, la cual, á su vez, rivalizaba con la del rey.

Acaso las intenciones de aquellos cinco personajes, no fueran de llevar tan adelante su persecucion que pereciera en un patíbulo el perseguido; pero no es menos cierta la funesta celebridad de este convento por haberse fraguado dentro de sus muros la muerte del célebre D. Rodrigo Calderon, marqués de

Siete Iglesias, conde de la Oliva, alguacil mayor de Valladolid, caballero del hábito de Santiago y comendador de Ocaña: el mismo, cuyo esplendor igualaba, si no escedía, al de su mismo planeta, no pudiendo decirse quien ejercía mas influjo, si el valido del monarca ó el privado de su valido.

Narraremos los hechos: tanto los tres padres graves como la reverenda priora, espusieron razones mas ó menos justas para derribar al poderoso D. Rodrigo, quedando puestos en aquella sesion los fundamentos del cadalso en que habia de ser ejecutado. Hablóse mucho del daño que causaba la privanza de aquel hombre; espúsose lo mal que los grandes y el pueblo llevaban el favoritismo del duque de Lerma, y como una consecuencia directa de esto, lo peor que debian soportar era el valimiento de D. Rodrigo Calderon, ya por la oscuridad de que habia salido, ya por la aspereza y desabrimiento con que solia recibir á los pretendientes. Citáronse en comprobacion de ello no tan solo las sátiras punzantes que corrian por Madrid contra el de Lerma, sino los mordaces y sangrientos libelos que se escribian contra el protegido.

Fué tan grande el acierto con que se se supo manejar la trama en el convento de Santa Isabel, que convencida la reina de cuanto allí acababa de oír, se despidió de la abadesa y demás personas, prometiéndolas influir en el ánimo del rey. Así lo hizo, y dejándose aquel vencer, por lo menos en parte, relevó á Calderon del despacho de los papeles y del oficio de secretario de su cámara.

Aspirando el P. Aliaga á apoderarse de la voluntad del rey, ingrato además á los beneficios de su protector, y aunque contaba con el beneplácito de la reina para todos sus planes, la muerte repentina de esta señora, ocurrida en 1614, vino á darle mayor libertad para mejor asestar sus tiros. De esta suerte se le vió no tan solo conspirar de palabra y por escrito contra el marqués de Siete Iglesias, sino minar sordamente el poder y privanza del de Lerma, á quien todo lo debia, por encumbrar al duque de Uceda, hijo de aquel fuerte valido, y consiguió derribar al de Lerma.



Poco antes de estos sucesos corrió por la córte la noticia de que el marqués de Siete Iglesias habia hecho asesinar en un camino á un hombre plebeyo, llamado Francisco Jaura, lo cual proporcionó una magnífica ocasion, á los enemigos del marqués, para declamar en sermones y pláticas sobre la necesidad de castigar tal delito y escándalo, y entregar á la justicia al delincuente, así como para estrechar y aprobar la conciencia del piadoso y místico Felipe III. Hubo con este motivo nuevos conciliábulos en el salon de Santa Isabel, y los cuatro personajes que vimos al principio en compañía de la reina difunta, robustecidos despues por otro miembro importante, el P. Peralta, prior del Escorial, formaron una especie de batería religiosa, á la que no pudo resistir el rey.

Todos los empleos que habia tenido el de Lerma, recayeron en su hijo el duque de Uceda; así se vió que despues del trá-fago de intrigas y abominables conspiraciones, baraundas y chismes de que habia sido teatro el palacio de los reyes, sin un pensamiento noble, y dando pábulo á las malas pasiones, despues de haber el rey removido á muchos altos empleados, los nuevos favoritos y privados que salieron á la escena, ni fueron mas diestros, ni mas generosos, ni menos ambiciosos y avaros que sus predecesores.

Encomendadas al exámen y fallo de la justicia las acusaciones lanzadas contra D. Rodrigo, nombró el rey reservadamente un tribunal que averiguase la verdad de los hechos, y sobre todo si el acusado habia tenido parte en la muerte de la reina. En su virtud el tribunal, prévia la consulta del rey, decretó la prision de D. Rodrigo, y que en su mismo dia y hora le fueran confiscados todos sus bienes en Madrid y en Valladolid. Hízose así, y en 1619 D. Rodrigo estaba preso en la fortaleza de Montanchez, en Estremadura, su casa de Madrid confiscada, y su esposa y sus hijos sin albergue.

Muchos eran los amigos con que en su valimiento, riqueza y magnificencia, contaba D. Rodrigo; pero en su desgracia solo hubo dos que sacaran la cara por él, aunque con escaso éxito. Doscientos cuarenta y cuatro fueron los cargos que se la hicie-

ron, entre los cuales no se omitieron los delitos de homicida, envenenador y brujo. El reo fué conducido á Madrid, y preso en su misma casa, desmantelada y convertida en silenciosa cárcel, la misma en que antes deslumbraba por la riqueza de sus adornos, allí se hallaba solo, sin esposa, sin hijos y sin criados. Y en aquella misma casa, en cuyas antesalas habian esperado, pendientes de una palabra de favor, tantos pretendientes y tantos personajes; aquella misma sala en que poco antes habia dispensado tantas mercedes, allí sufrió el reo, con extraordinaria entereza, los rigores del tormento, sin que saliese de su boca mas confesion que su complicidad en la muerte de Francisco Jaura. Su abogado defensor, en un estenso y bien razonado alegato, fué respondiendo, uno por uno, á todos los cargos, y desvaneciéndolos casi todos con sólidas razones: así fué que sustanciado el proceso, los jueces hicieron ver al rey que habiendo pasado el marqués por cuantas estorsiones é instancias se pudieron arbitrar contra el hombre mas humilde y desamparado del mundo, no se le habia podido averiguar otro delito que el confesado por él, y que por los demás de que se le acusaba, y no se le habian probado, llevaba ya sufrido el suficiente castigo.

Bien hubiera el rey restituido á D. Rodrigo Calderon su esposa, hijos, oficios y hacienda, á no ocurrir su temprana muerte en 1621, quedando de nuevo espuesto el marqués á las iras de sus enemigos.

Dícese que cuando D. Rodrigo oyó doblar las campanas por la muerte de D. Felipe III, exclamó: *¡El rey es muerto, yo soy muerto tambien!* Y su pronóstico se cumplió.

Sube Felipe IV al trono, y nuevos validos rodean al nuevo jóven monarca; siguen las persecuciones, entre las que su cuenta la del perseguido en el convento de Santa Isabel, sin que le valiera ninguna apelacion.

El jueves 24 de octubre de 1621 marchaba por las calles de Madrid, acompañado de 60 alguaciles de córte, pregoneros y campanillas un hombre montado en una mula, vestido con un capuz y una caperuza de bayeta negra, el cabello largo, cuello

escarolado, en las manos un crucifijo, y en él clavados los ojos; era el marqués de Siete Iglesias, que caminaba al cadalso, y al ver las demostraciones del pueblo que en aquellos terribles momentos olvidaba la antigua soberbia del hombre, convirtiéndose en piadoso, alentaron á D. Rodrigo de tal suerte, que exclamó: *¡Esto ya no es afrenta, esto es triunfo y gloria!* muriendo no solo con brío, sino con gala; de donde vino el refran castellano *andar mas honrado que D. Rodrigo en la horca*; que otros decian: *tener mas orgullo que D. Rodrigo en la horca*: como ahora poco me preguntabas tú.

De lo dicho podrá inferirse si tuvo ó no trascendencia la reunion de los cinco individuos que al principio de esta narracion os dije que conversaban en secreto en una de las salas del convento de la Encarnacion.

Acabó de hablar D. Diego, y ambas niñas se quedaron reflexivas, como todo el que quiere hacerse cargo de lo que acaba de oír, y despues de un rato, exclamó María:

—Señor padre, pues tal nombre le daba ya, y á Luisa el de hermana, ya que nos ha contado V. eso tan interesante, díganos algo de cierto niño que pareció haberse perdido en la iglesia de Santa María, y la historia de un ladron: hace ya días que ofreció contárnoslo y nunca mejor ocasion que ahora.

—Bueno, dijo el antiguo capitán, y al comenzar á hablar se presentó Juanillo; pero en vez de pararse D. Diego, dijo:

—Me alegro que venga Juanillo, con eso oirá una cosa muy interesante, y verá el castigo que Dios tiene reservado al malo, cuando como él no siente los impulsos de un sincero arrepentimiento.

Tomó la palabra D. Diego de Mendoza, y añadió:

—Es menester que todos tres pongais mucho cuidado en lo que voy á contar, porque es histórico, y por todas partes respira interés.

Y habló de esta manera:

La procesion del miércoles Santo, que á la usanza de los tiempos antiguos salia de la Iglesia de Nuestra Señora de Gracia, en la Plazuela de la Cebada, atravesaba ya por la calle del

Sacramento, y dirigiéndose por delante de la parroquia de Santa María se encaminaba á Palacio. A su regreso debia entrar en los reales monasterios de la Encarnacion y de las Descalzas, segun costumbre y privilegios de ambas casas. Los individuos de esta hermandad llevaban á hombros el paso de la Oracion del Huerto, acompañándole los hortelanos que vendian las verduras en la Plaza Mayor. Seguia el paso de Jesus, caido con la cruz á cuestas y la Verónica, titulado de la Piedad, al que acompañaban los espendedores de granos de la Plazuela de la Cebada. Despues seguia el Santo Sepulcro con todo el gremio de fabricantes de velas de sebo, y cerraba la procesion la Santa hermandad de la Vera Cruz y el clero de la parroquia de San Justo.

Variada y vistosa era en extremo esta procesion por el acompañamiento y trajes de los nazarenos y capiruzos que á ella asistian, como tambien por la guardia de armados que rodeaba al Sepulcro. Era un verdadero acontecimiento, sobre todo en el año de 1670, en cuya época pasaba la escena de que nos ocupamos; acontecimiento que, á manera de romería, llamaba la atencion de todo Madrid, y su vecindario en masa se trasladaba á aquellos barrios, porque era un delito imperdonable el no haber asistido á la procesion del miércoles Santo.

Ya en aquella época se observaba el creciente ensanche de Madrid, y ya se habian construido algunas casas notables, como la de D. Pedro Lasso de Castilla; la de D. Luis Nuñez, señor de Villafranca; las de Alonso Gomez de Alarcon; las de los Enriquez; las de D. Pedro de Luxan, *el Bueno*; las de D. Antonio de La Lorre; las de los Vargas; las del nigromántico Ruy Gonzalez, y otras no menos ostentosas que contribuian al engrandecimiento con que el rey Prudente queria dotar á la capital de ambos mundos. Pero fuerza es confesarlo; todos aquellos adelantos, todos aquellos edificios, tan solo eran notables en su época, tan solo entonces toman celebridad y nombradía, porque los verdaderos adelantos, el verdadero progreso, basado en los grandes descubrimientos que habian de redundar en el bien general, en provecho de la sociedad, permanecian aun ocultos bajo densas

capas de polvo, y mucho tiempo habia de pasar antes de que la España hiciese algo mas que guerrear, algo mas que entretenerse en pesar los lingotes de oro que recibia de américa.

Volvamos á la procesion del miércoles Santo.

Entre la multitud, no de espectadores, porque era inmensa, sino de actores que contribuian al mayor brillo de la ceremonia, iba una pobre viuda acompañada de un niño y una niña; el primero vestido de Nazareno, y la segunda de Verónica, ambos llevaban velas encendidas y caminaban junto á una música de parroquia, cuyos destemplados instrumentos eran capaces de hacer perder el oido al mas acérrimo *dilettanti*.

Aquella viuda y aquellos dos huerfanitos pertenecian á una familia noble de Castilla; pero la madre, aunque pobre, tenia demasiado orgullo para recurrir á la piedad de sus parientes, los que, dicho sea de paso, desdeñaban contarla en el número de sus deudos: esto significa que á despecho de su alta alcurnia, y á pesar de que su enlace no habia echado ninguna mancha en los tersos cuarteles de su hidalguia, nuestra infeliz viuda preferia deber su existencia y la de sus hijos á la labor de sus manos, antes que solicitar una limosna, comprada con el desprecio y la humillacion. Solo de Dios esperaba que, tarde ó temprano, le llegase una recompensa á tan cruel resignacion. Para conseguirlo dedicaba todos los momentos que su trabajo le dejaba, á la oracion, á la Iglesia, á los sermones y demás pláticas religiosas que constituyen la vida del buen católico romano. De esta suerte la hemos visto figurando en la procesion de Semana Santa, y cualquier tarde que hubiéramos entrado en la iglesia de Santa María, la hubiéramos visto con sus dos hijos, prosternados todos ante la imágen de Santa Ana, situada en una capilla construida por D. Juan de Bosmediano en 1542.

Esta hermosa capilla, acaso la mas notable de la parroquia, fué, en efecto, levantada á espensas de aquel caballero; seguia el gusto plateresco, ó sea del renacimiento. A su ingreso se ve un arco de medio punto, enriquecido con muchos ornatos de escultura, así exterior como interiormente: cierra dicho arco hasta la altura de las impostas una verja de hierro, sino de las